

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: Calle LIMA núm. 487



DIRECTOR: ALBERTO GIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 14 DE ABRIL DE 1904

NÚM. 7

EN EL GRANERO DEL MUNDO



El porvenir de los gringos

"LA EXPOSICIÓN ARGENTINA" *ALSINA 1640* *
* *BUENOS AIRES*

MUEBLES Y TAPICERÍA

LOCAL MUY VASTO Y MEJOR SURTIDO *◇* CASA DE CONFIANZA

Grandes depósitos centrales para guardar muebles. Se reciben muebles y objetos de arte en depósito garantizando su perfecta conservación.

CIGARRILLOS

"TRES CORONAS"

HABANOS

G. San Germier

POR CINCO PESOS *↘*

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un Calendario de las sementeras. *

ALFALFA DE LA PAMPA

Calle LIMA, 1165 *◇* BUENOS AIRES

AGENCIA RISSO

ESMERALDA y CANGALLO

* BUENOS AIRES *

I. Bonansea

CIRUJANO — DENTISTA MECÁNICO

Calle MORENO núm. 990

— « BUENOS AIRES » —

Justino B. Lamarque

CIRUJANO - DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle ARTES núm. 543 BUENOS AIRES

Pinturería y Ferretería del Comercio
POR MAYOR Y MENOR
DE JOSUÉ BENZONI

Surtido general de Ferretería, Vidrios, Espejos, Lunas, Papeles pintados, Pinturas, Oleografías, etc., etc.

DEFENSA núm. 966 — BUENOS AIRES

LOS OBREROS Casa fundada

* en 1864 *

— DE —
FEDERICO ROVEDA

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS PARA TRABAJADORES

Calle DEFENSA núm. 619

NOTA: Nuestra ropa no se descose. Pida V. catálogo

SOCIEDAD ANÓNIMA DE PINTORES

Se encarga de todo trabajo perteneciente al ramo de pinturería, como blanqueo, empapelado, decoración, letreros y avisos de propaganda. Dirigirse al administrador: **F. Parada.**

735 - CALLE DEFENSA - 735

N. Franchi & Cia.



Calle CUYO, 1121

Introducentes

DE
Máquinas
de Coser

Velocípedos
y Armas

DE
Todas Clases

Agentes de la
acreditada má-
quina de coser

"SINGER"

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: Calle LIMA núm. 487

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 14 DE ABRIL DE 1904

NÚM. 7

EL ARTE PARA EL PUEBLO

HACE falta «hacer arte» para el pueblo, para educarle, para instruirle, para inspirarle nobles sentimientos, para que comprenda la belleza y la ame y de ella se penetre, llevándola después al hogar y á la práctica de la vida.

Es necesario llevar luz, calor, alegría, pasión á la vida del pueblo, que hoy es triste, mortalmente triste, monótona, pesada. Solo un recrudescimiento del instinto natural de conservación que experimentan los desgraciados, los viejos, los enfermos, todos los débiles, puede explicar que no abandonen la vida apresuradamente y con violencia los que carecen de cubierto en «el gran banquete» como decían los malthusianos. No es amable la existencia de los que trabajan y se miran despreciados, ignorantes, viciosos ó embotados, sin vida interior, sin dorados sueños, sin bellas ilusiones.

La fórmula «el arte por el arte» solo puede legitimamente traducirse: «el arte para producir belleza, para alegrar la vida». ¿No es esta su verdadera misión? ¿Pueden proponerse otra cosa los artistas mercederos de tal nombre?

Existen artistas de manos hábiles, pero de alma seca, que viven á gusto sirviendo á los señores y despreciando al pueblo contra el que hacen frases y lanzan anatemas. Estos son los descendientes directos de los bufones que se sentaban en las gradas de los antiguos tronos. Hoy divierten á la sociedad triunfante, que quizá les paga bien, demasiado bien para lo que valen sus obras, pero ese precio no lo querrian los que por encima de todo estiman la propia dignidad y la satisfacción de sí mismos.

Son hijos del pueblo muchos artistas y otros han ido á él, le han conocido y le han amado. Novelistas, dramaturgos, poetas, músicos, pintores, han llevado al teatro y á los libros, y á los lienzos y á todas partes y por todos los medios, las tristezas del pueblo, y han dado formas bellas á sus esperanzas. Pero el pueblo, han dicho algunos, no les ha comprendido, no les ha sabido apreciar su labor redentora.

Al pueblo no le han enseñado á comprender; solo se ha procurado hasta hoy engañarle y embrutecerle para explotarle mejor. La sociedad actual está organizada para que el mayor número sirva á unos pocos, á los privilegiados, que gozan de la abundancia y de los refinamientos del placer, mientras por todos los medios se procura que los productores no salgan nunca de su condición de bestias de carga, más aptos para el servicio cuanto más inferiores sean sus pensamientos y su sensibilidad. Por otra parte, fomentada la ignorancia general por medio de ridículas supersticiones, careciendo muchos trabajadores de personalidad, víéronse arrastrados á remedar torpemente las aficiones y gustos de las clases superiores. Tres formidables procedimientos han usado las clases directoras para mantener embrutecido al pueblo: la autoridad, la religión y el mal ejemplo.

Sin embargo, las leyes naturales de la evolución no han podido eludirse, y las llamadas clases inferiores han ido transformándose. Si muchos, todavía los más, continúan sometidos y resignados, en cambio los mejor dispuestos, los inteligentes y fuertes, sabiendo que no de solo pan vive el hombre, no se contentan con protestar y rebelarse contra la esclavitud económica, sino que también reclaman participación en las verdades de la ciencia y en las bellezas del arte. Quieren ser hombres completos, quieren desarrollar todas sus facultades, quieren vivir integralmente.

Apoyar este noble afán de dignificación y engrandecimiento, acercarse al pueblo, y estudiarle y comprenderle, tomar de él inspiraciones, y los sentimientos y las ideas que se recogieran al devolvérselas después engalanadas con todos los esplendores de la forma, ¿qué bella misión para los hombres de arte! ¿Cómo se harían más grandes, cómo comprenderían y sentirían mejor! Parece imposible que no emprendan todos esa gloriosa tarea. Son pocos, aunque sean los mejores. Es que para dejar la comodidad del camino trillado y lanzarse á empresas generosas no basta tener imaginación viva y manos hábiles; es preciso también ser buenos y enérgicos, tener un corazón grande.

El pueblo ama á sus artistas; espera de ellos tanto como de los hombres de ciencia. La humanidad futura, la organizada libremente, no solo necesitará la verdad para vivir bien; querrá la alegría, la santa alegría que no ha llegado nunca hasta el pueblo y que le han robado siempre los tiranos de la guerra y los de la religión. Después de tantos siglos de tétrico cristianismo, con sus fúnebres ritos y sus dogmas de muerte, pálido aún, con vestigios del antiguo terror, el pueblo reclama que le den gozar las felicidades de la vida; quiere reír, reír noblemente, con alegría intensa. Si hoy va á la taberna, si aplaude payasadas repugnantes, es porque no le dan cosa mejor.

Hace falta «hacer arte» para el pueblo, arte verdadero, arte sano, despojado de los refinamientos enfermizos de los decadentistas, pero sin sacrificar nunca la belleza, al contrario, dando á las obras del arte la forma propia de la belleza, que es la sencillez, de modo que todos las comprendan y á todos conmuevan.

Amad al pueblo, artistas, llenad de esperanzas, emancipadle de la heredad tristeza; emancipaos vosotros también de las ruindades del presente, y marchemos unidos hacia el país hermoso de la Utopía, que por los esfuerzos de todos será la Realidad del porvenir, alegre y espléndida.

El contingente

—He servido en la frontera
En un cuerpo de milicia
No por razón de justicia
Como sirve cualesquiera.
—La bollita me tocó
De ir a pasar malos ratos
Por la facultad del nato,
que tanto me persiguí.
—Y sufrí en aquel infierno
Esa dura penitencia,
por una malaquerencia
De un oficial subalterno—
—No repetire las quejas
De lo que se sufre allá,
Son cosas muy dichas ya
Y hasta olvidadas de viejas.
—Siempre el mismo trabajar
Siempre el mismo sacrificio
Es siempre el mismo servicio
Y el mismo nunca pagar.
—Siempre cubiertos de harapos,
Siempre desnudos y pobres,
Nunca le pagan un cobre
Ni le dan jamás un trapo.
—Sin sueldo y sin uniforme
Lo pasa uno aunque suncumba,
Conforme con la tumba—
Y sino... no se conforme.
—Pues si usted se ensoberbecce
O no anda muy voluntario,
Le aplican un novenario
De estacas... que lo enloquecen.
—Andan como pordioseros
Sin que un peso los alumbre—
Porque han tomao la costumbre
De deberle años enteros—
—Siempre hablan de lo que cuesta,
Que allá se gasta un platal
Pues yo no he visto ni un rial
En lo que duró la fiesta.
—Es servicio extraordinario
Bajo el fusil y la vara—
Sin que sepamos que cara
Le ha dao Dios al comisario.
—Pues si vá a hacer la revista
Se vuelve como una bala.
Es lo mismo que luz mala
Para perderse de vista—
—Y de papa cuando va,
Todo yaree estudio—
Va con meses atrasaos
De gente que ya no está—
—Pues ni adrede que lo hagan
Podrán hacerlo mejor,
Cuando cai, cai con la paga
Del contingente anterior—
—Porque son como sentencia
Para buscar al asente,
Y el pobre que está presente
Que perezca en la indigencia
—Hasta que tanto aguantar
El rigor con que lo tratan,
O se resierata, ó lo matan,
O lo largan sin pagar.
—De ese modo es el pastel
Porque el gauchito... es un hecho
No tiene ningún derecho
Ni naides vuelve por él.
—La gente vive marchita!
Si viera cuando echan tropa,
Les vuelva á todos la ropa
Que parecen banderitas.
—De todos modos lo cargan
Y al cabo de tanto andar—
Cuando lo largan, lo largan
Como pa echarse á la mar.
—Si alguna prenda le han dao
Se la vuelven á quitar,
Poncho, caballo, recaó,
Todo tiene que dejar.
—Y esos pobres infelices
Al volver á su destino
Salen como unos Longinos.
Sin tener con que cubrirse.
—A mí me daba congojas
El mirarlos de ese modo—
Pues el más aviao de todos
Es un peregril sin ojas.
—Aora poco ha sucedido,
Con un invierno tan crudo,
Largarlos á pié y desnudos
Pa volver á su partido.
—Y tan duro es lo que pasa
Que en aquella situación,
Les niegan un mancarron
Para volver á su casa.
—Lo tratan como á un infiel!
Completan su sacrificio
No dandolé ni un papel
Que acredite su servicio.

—Y tiene que regresar
Más pobre de lo que jué—
Por supuesto á la mercé
Del que lo quiere agarrar.
—Y no averigüe despues
De los bienes que dejó—
De hambre, su mujer vendió
Por dos—lo que vale diez—
—Y como están convenidos
A jugarle manganeta
A reclamar no se meta
Porque ese es tiempo perdido.
—Y luego, si á alguna Estancia
A pedir carne se arrima—
Al punto le caln encima
Con la ley de la vagancia.
—Y ya es tiempo, pienso yó,
De no dar mas contingente—
Si el Gobierno quiere gente,
Que la pague y se acabó.—
—Y saco así en conclusión
En medio de mi inorancia,
Que aquí el nacer en Estancia
Es como una maldición.
—Y digo, aunque no me cuadre
Decir lo que naides dijo:
La Provincia es una madre
Que no defiende á sus hijos.
—Mueren en alguna loma
En defensa de la ley,
O andan lo mismo que el güey.
Arando pa que otros coman.
—Y he decir así mismo,
Porque de adentro me brota,
Que no tiene patriotismo
Quien no cuida al compatriota,
Se me va por donde quiera
Ese tema del demonio—
Voy á darles testimonio
De lo que vi en la frontera.
—Yo sé que el único modo
A fin de pasarlo bien,
Es decir á todo amen
Y jugarle risa á todo.—
—El que no tiene colchon
En cualquier parte se tiende—
El gato busca el jogon
Y ese es mozo que lo entiende.
—De aquí comprenderse debe
Aunque yo hable de este modo;
Que uno busca su acomodo
Siempre, lo mejor que puede.
—Lo pasaba como todos
Este pobre penitente,
Pero salté de asistente
Y mejoré en cierto modo.
—Pues aunque esas privaciones
Causen desesperación,
Siempre es mejor el jogon
De aquel que carga galones.
—De entonces en adelante
Algo logré mejorar,
Pues supé hacerme lugar
Al lado del Ayudante.
—El se daba muchos aires,
Pasaba siempre leyendo,
Decían que estaba aprendiendo.
Pa recibirse de fraile—
—Aunque lo piñaban tanto
Jamás lo vi disjustao;
Tenía los ojos paraos
Como los ojos de un Santo.
Muy delicao—dormía en cuja—
Y no sé porqué sería—
La gente lo aborrecía
Y le llamaban LA BRUJA.
—Jamás hizo otro servicio
Ni tubo mas comisiones,
Que recibir las raciones
De viveres y de victos.
—Yo me pase á su jogon
Al punto que me sacó,
Y ya con él me llevé,
A cumplir su comision.
—Estos diablos de millicos
De todo sacan partido—
Cuando nos vian riunidos
Se limpiaban los hocicos.
Y decían en los jogones
Como por chocarrería,—
“Con la Bruja y Picardía,
“Van á andar bien las raciones.”
—A mí no me jué tan mal
Pues mi oficial se arrebajaba;
Les diré lo que pasaba
Sobre este particular—
—Decían que andaban de acuerdo
La Bruja y el proveedor,
Y que recibía lo pior...
Puede ser—pues no era lardo.

Relacion del gauchito Picardía

—Que á mas en la cantidad
Pegaba otro dentellon,
Y que por cada racion
Le entregaban la mitá.
—Y que esto, lo hacia del modo
Como lo hace un hombre vivo:
Firmando luego el recibo
Ya se sabe, por el todo.
—Pero esas murmuraciones
No faltan en campamento:
Lejenme seguir mi cuento,
O historia de las raciones.—
—La bruja las recibía
Como se ha dicho, á su modo—
Las cargabamos, y todo
Se entregaba en la mayoria.
—Sacan allí en abundancia
Lo que les toca sacar—
Y es justo que han de dejar
Otro tanto de ganancia.
—Van luego á la compañía,
Las recibe el comandante;
El que de un modo abundante
Sacaba cuanto quería.
—Ansi la cosa liviana,
Vá mermada por su puesto—
Luego se le entrega el resto
Al oficial de semana.—
—Araña, quien te arañó?
Otra araña como yo—
—Este le pasa al sargento
Aquello tan reducido—
Y como hombre prevenido
Saca siempre con aumento.
—Esta relación no acabo
Si otra menudencia ensarto;
El sargento llama al cabo
Para encargarle el reparto.
—El también saca primero
Y no se sabe turbar—
Nadies le va á aviriguar
Si ha sacado mas ó menos.
—Y sufren tanto bocao
Y hacen tantas estaciones,
Que ya casi no hay raciones
Cuando llegan al soldao.
—Todo es como pan bendito!
Y sucede de ordinario,
Tener que juntarse varios
Para hacer un pucherito.
—Dicen que las cosas van
Con arreglo á la ordenanza—
Puede ser! pero no alcanzan,
Tan poquito es lo que dan!
—Algunas veces, yo pienso,
Y es muy justo que lo diga,
Solo llegaban las migas
Que habían quedao en los lienzos.
—Y esplican aquel infierno
En que uno está medio loco,
Dicendo, que dan tan poco
Porque no paga el gobierno.
—Pero eso yo no lo entiendo,
Ni á averiguarlo me meto;
Soy inorante completo
Nada olvido, y nada aprendo.
—Tiene uno que soportar
El tratamiento mas vil—
A palos en lo civil,
A sable en lo militar
—El vistuario—es otro infierno.
Si lo dan, llega á sus manos,
En invierno el de verano—
Y en el verano el de invierno.
—Y yo el motivo no encuentro,
Ni la razon que esto tiene,
Mas dicen que eso ya viene—
Arreglado dende adentro.
—Y es necesario aguantar
El rigor de su destino;
El gauchito no es argentino
Sino pa hacerlo matar.
—Así ha de ser, no lo dudo—
Y por eso decía un tonto:
“Si los han de matar pronto,
“Mejor es que estén desnudos.”
—Pues esa miseria vieja
No se remedia jamas;
Todo el que viene detras
Como la encuentra la deja.—
—Y se hallan hombres tan malos
Que dicen de buena gana—
El gauchito es como la lana
Se limpia y compone á palos.
—Y es forzoso el soportar
Aunque la copa se enllene;
Parece que el gauchito tiene
Algun pecao que pagar.

EL SACRIFICADO

Adelante! Por encima de las tumbas:
¡Adelante!

GOETHE.

TRISTE y bueno. Así era. No se le había visto llorar nunca pero su rostro, su pequeño y fino rostro de niño, parecía hecho, amasa lo con lágrimas y hojas de rosas otoñales. ¡Cuánta suavidad, cuanta dulzura la que transparentaban aquellos ojos, grandes, muy grandes, lo único grande en aquel rostro casi enjuto; cuánta amable caricia escondida en aquella boca que solo sabía de palabras afables cuando hacia los demás iban; y qué de sombras, trágicas y crueles, en esa su frente altiva, soberana, corona espléndida de un armazón endeble, enteco, indigno para sustentarla!

Vivía amando, esparciendo á su alrededor algo así como un hálito puro de esencia humana, proyectando luz tan potente de belleza y bondad que más parecía aquel cuerpo una de esas flores—tal las pequeñas magnolias—que, después del martirio, ya marchitas y estrujadas, dan á los vientos su mas grato, su mas intenso perfume.

Vaso deforme y raro, aquel organismo, parodia infame del hombre, aplastaba su vida psíquica, desmoronándose más cuanto mayor campo de acción buscaba aquella para expandirse.

—¡Para qué he de servir? decía el pobre niño, presa de la epilepsia, al contemplar, impotente, el combate brutal por la vida en que padres y hermanos hallábanse envueltos. A la casa pobre cada uno aportaba su material contingente. Ellos, cada uno, constituía una columna dolorosa; ¡Qué el edificio pesaba y los hombros, los pobres hombros no presentaban mayor resistencia! Y carga, pesada carga también era él para aquellas columnas que á quebrarse empezaban. ¡Oh, bien lo comprendía el misero cuerpo presa de la epilepsia!

El pobre niño pálido deteníase á meditar y, frente á frente de la vida, argumentaba.

—¡No puede ser! decía después; y al lanzar el grito, erguía la frente altiva agitando hebras de oro sobre el cuerpo enteco.

Entonces era cuando las sombras, trágicas y crueles, se arremolinaban formando tormenta y, al sacudir el cerebro, podía vérselos á través

de los ojos, cristales puros, dar pábulo á un pensamiento. A un pensamiento enorme, muy grande y muy negro, con bordes rojos.

Sobre la mesa donde él había atado el arma para poder degollarse con el propio peso de la frente altiva, las hebras de oro flotaban sobre la sangre humeante que alcanzaba á manchar la plana amarillenta donde el pobre niño había escrito su última cláusula. El testamento del suicida era corto. Era una síntesis puesta en una palabra, síntesis que yo he descifrado. Decía: Goethe!...

¡Abajo las Universidades!

Jamás las Universidades han producido hombres verdaderamente grandes. Y apenas puede dejar de ser otra cosa: un joven de gran talento está obligado a seguir el paso de un imbécil, a estudiar un mal libro, a escuchar las lecciones de un maestro ignorante, en vez de instruirse ni de agradecerle... Al cabo de cuatro ó quince años de estos, es un hombre lleno de ignorancia y de orgullo, que no habiendo leído más que malos libros, no habiendo oído más que á malos maestros, se forma desde los primeros años de sus estudios un gusto abominable de que no se corrige en toda su vida. Lo peor es que estos hombres que han gastado tanto trabajo, tanto tiempo y tanto dinero en adquirir una ignorancia, que es muchas veces peor que la ignorancia natural, oprimen y persiguen en las escuelas, con el encarnizamiento de la envidia y del amor propio humillado, al joven que, por una fuerza de alma singular ó por circunstancias favorables, ha podido adquirir algunos conocimientos apreciables, á pesar de sus libros clásicos, de sus maestros, de los planes, estatutos y rutinas académicas; y de este modo, no solamente nada se hace en las Universidades por los adelantos de las ciencias, sino que se trabaja tanto lo posible por estorbar los progresos de ellas.

¿Qué diría el traductor y anotador de Bentham, si viviera hoy y viese que lo que se llama Universidad no es sino una vergonzosa fábrica de titulados, que es tanto como decir una fábrica de objetos falsos, de moneda falsa, de documentos de crédito falsos... aunque sin exposición de los falsificadores ni miedo á responsabilidad alguna?

El tipo verdaderamente genuino, y bien podemos decir "ideal" de nuestra enseñanza, la que esperamos decir "cultivada" los jóvenes de la "buena sociedad", los hijos y sobrinos de los políticos, es la enseñanza que se denomina "libre" en que el estudiante no estudia, ni tiene ni necesita maestro que le enseñe; esa enseñanza en que el alumno no hace más que examinarse, como condición para pescar el diploma. Este diploma supone—oficialmente—ciencia, formación del espíritu; pero las supone en contra de toda la verdad, pues nadie ignora que esta presunción es de las más falsas que se conocen. Y lo gracioso es que tal presunción pertenece al número de las que no consenten prueba en contrario; con lo que el Estado, al expedir los títulos, nos obliga á aceptar como oro de buena ley lo que él sabe y sabe todo el mundo que es oropel, y viene por lo tanto á convertirnos en falsificadores oficiales. Es como declarar el curso forzoso de los billetes de banco, fingiendo un valor real á una cosa que carece de él, que no tiene sino un puro valor representativo, artificioso, falso por lo tanto.

El requisito indispensable para obtener el título de abogado, ingeniero, etc., el título que habilita para pertenecer á la clase monopolizadora de ciertas profesiones; el requisito indispensable, decimos, para obtener el título, no es estudiar, echar el quilo, trabajar con perseverancia un día y otro, y un año y muchos años; el requisito para ello es examinarse. Y por eso los exámenes se han llegado á convertir en eje y fin exclusivo de toda la enseñanza. Los hijos de los políticos, los hijos de los ricos, porque les resulten lo menos gravosos y lo más "brillante" y de linajero éxito que quepa: para ello, se gestiona del examinador que entre en suerte el menor número de lecciones posible y que de éstas se eliminen todas aquellas que puedan ofrecer alguna mayor dificultad para los efectos del examen, aunque, por otra parte, la materia de que se ocupen sea muy interesante (así resultan esos programas de exámenes que "se preparan" en una semana y á veces en un día, como de ello conocemos no pocos casos); se exige un manualet de pocas páginas y menos miga como libro de texto, para que el aprenderlo no cueste apenas esfuerzo alguno; se huye de los examinadores cuya manga no es de fraile, y se va en busca de los más complacientes; se busca todo género de influencias, y se toca toda clase de resortes, los del hábito, la amenaza, la promesa tentadora, el engaño, etc., para salir bien del apuro, cuanto más "airosamente", según suele decirse (queriendo con ello significar, no sabiduría, sino "buena clasificación"), mejor. (Podríamos citar casos muy edificantes en comprobación de lo que decimos, en no pocos de los cuales andan mezclados los nombres de personajes que "figuran" en primera fila en la política, la literatura, etcétera. (Hay muchos, muchísimos, que, por haches ó por erres, salen bien de los exámenes sin haber saludado siquiera la materia (algunos ni aun se examinan; se hace un simulacro de examen, que consiste en fumar un cigarro con ella en la mesa, ó en cosa parecida). Pero si esto sucede con muchos, es el *ideal* de todos; de tal manera, que si los examinados supiesen seguramente que en las tres lecciones que les iban á tocar en suerte en el acto del examen (hay quien lo sabe), no estudiarían (será mejor decir "prepararían, es más gráfico) ninguna otra; y después, con mucho orgullo y sin pizca de vergüenza, ostentarían ante las gentes, como muy merecido y como demostración de su gran sabiduría y "dominio de la asignatura", el "sobresaliente" robado;

Los padres, tutores, parientes, amigos, encargados y demás, no sepan tampoco por otra cosa, sino por la "buena clasificación". Es su obsesión, su único ídolo. Y porque sus hijos "exocen" la mas "brillante" de todas,

(1) No queremos ocuparnos de la enseñanza que se da en los establecimientos "privados", mas corrompida aún que la oficial, como que es un vergonzoso (aunque á veces muy productivo) negocio mercantil é industrial. Y si no, que lo sus alumnos saquen, y, naturalmente, lo que el sacarias "altas" lleva consigo. Exactamente lo mismo que á los directores y profesores de cualquier otro colegio.

son capaces de hacer los imposibles: recomendaciones por aquí, presiones ó sobornos por allá... Su anhelo, más, su delirio, consiste en que sus hijos tengan un "expediente" muy brillante en esto, es decir, que ellos estriben en el "ser hombres" (es decir, titulados con más "notas" que otros, para poder ser preferidos á éstos en el reparto de las prebendas reservadas al privilegio de la gente inepta).

Los profesores, por su parte, se avienen muy bien á dar lo que se les pide y á fomentar esa fiebre extremada de alcanzar el diploma. No creemos decir nada nuevo, nada que no esté en el ánimo de cuantos se hayan parado un poco á reflexionar sobre el asunto, afirmando que entre nosotros no hay profesores; no hay más que examinadores (ó mejor espectadores de esa comedia que se llama examen) y preparadores para exámenes. La aplicación suprema del llamado profesor no es enseñar, educar, formar gente útil: esto lo importa; lo que le preocupa y enorgullece es que sus alumnos "se luzcan" en los exámenes. Por eso suele prestarse de muy buen grado á cuanto contribuya al logro de este fin: á reducir el programa á un exiguo número de lecciones; á eliminar de él las que los examinados tengan por difíciles; á entretejer el tiempo durante el curso para que la materia de que hayan de examinarse los alumnos sea corta y fácil; á dedicar mucho tiempo al *reposo* (ejercicios acrobáticos de la memoria para que los estudiantes lleven bien ensayadito y preparadito el papel que van á representar en la comedia, terminada la cual no volverán á preocuparse de aquello que para desempeñarla aprendieron, y hasta los molestará el recordarlo, por ir asociado á tan desagradables impresiones; sólo con esto basta para hacer el proceso de un sistema de enseñanza); á hacer valer ante sus compañeros de mesa tales ó tales otras razones (la mayoría de las cuales no tienen nada de académicas, para que todos los examinados salgan "brillantes", etc., etc.). Ahora, claro está que un examinador y un preparador para exámenes no es un profesor, es mas bien un *pasante*, un pasante que se preocupa mucho ó exclusivamente de los exámenes, pero muy poco ó nada de formar jóvenes. Para ello, mientras le basta con decir cuatro vulgaridades, cuatro lugares comunes, le estorba cuanto signifique trabajo, investigación, verdadero estudio.

De esta suerte, estudiantes y profesores se exigen, sostienen y controlan mutuamente tales para cuales. Dan los unos lo que los otros piden, y vamos marchando: *tutti contenti*. Para aquellos, los "mejores profesores" son, no los mejores profesores, esto es, los que más se esfuerzan por cumplir con su oficio de maestros, sino los más "blandos examinadores", los que menos obstáculos ponen á la caza rápida del diploma. Y los llamados profesores (y que no son, como queda dicho, sino examinadores y preparadores para exámenes), por lo único que se inquietan de ordinario es por procurar complacer á los alumnos y á sus padres dando título á todo bicho viviente que puede pagarlo. De otra cosa poco se preocupan. ¿Para qué, si eso estorba? Así es como estamos atestados de personal "docente", que después de adquirido su puesto (y de que manera, por lo regular, ya no va á contar para nada) no abren un libro sin que por eso se demerzeca (sino todo lo contrario) en el concepto de la "juventud estudiosa", en el de los honorables padres de familia, ni en el del ministro de Instrucción pública. Catedráticos de verdadero empuje, que sepan lo que traen entre manos, y que, tomndo en serio su profesión, se consagren á ella con alma y vida, no como meros vocales de Tribunales de exámenes, no tendremos muchos; creemos que se podrían contar por los dedos.

Convertida nuestra enseñanza en lo que dejamos dicho á nadie le importa que el profesor trabaje ó no trabaje; lo que importa es que sea "indulgente" en los exámenes. Y el profesor que sabe esto, tan luego como comienza que le nombren para ocupar la vacante, en la seguridad de que nadie le echará de ella, afianzada la canongía, relega á su vez á nadie a ocuparlo, sino muy ulterior, sus obligaciones académicas, y dedica después sus energías a ganarse otro sueldo ejercitando la profesión (de médico, abogado, etcétera) para la que habilita su título. No hay que decir lo que entonces sucede. Como si no van á catedra, ó si yendo no hacen nada en ella, nadie les va á la mano, mientras que si descuidan á sus enfermos ó sus escritos y vistas forenses pierden la clientela, y tras ella muchos cuartos, lo único que tienen verdadero interés en atender y que realmente atienden es la clientela.

Y no sirve andar diciendo y gritando, como con frecuencia sucede: "¡Valemos mucho, por más que digan!". ¿Valemos? "Con verlo basta", podrán decirnos, y con razón. El movimiento no se demuestra gritando sino andando. Podrá el político decir y perjurar que puede moverse; nadie prestará crédito á sus palabras *mientras no sea miedoso*. De nosotros, de nuestros hombres de ciencia, si uno consigue ó ningún caso en el extranjero; el único medio eficaz de que esto cambie (no sólo por el aprecio que de nosotros hagan, sino por la cosa en si misma) consiste en *hacernos valer*, en que cambiemos nuestros oropeles, nuestra trámoya por realidades. En suma; si las Universidades han de seguir existiendo, es preciso que den fe de vida. De otro modo, nosotros hacemos nuestra la petición de aquel escritor que á principios del siglo XIX, exclamaba: ¡Abajo las Universidades! (1)

El café del arrabal hervía. La voz ronca de la mujer podía escucharse con claridad en medio de aquel ambiente de barullo infernal, en que se mezclaba el grito insolente del compadre con el ruido producido por el choque seco de los vasos, que caían, golpeados con fuerza casi siempre, sobre la piedra mármol de las mesas.

—*Sin vergüenza! cochino! y ¡qué te has creído! que yo soy juguete tuyo! y tan luego, por quién! miren la trasa!*

Ella se había parado frente á frente de él y lo miraba con ojos de acusadora, mientras la compañera, que hacía vis con el hombre, permanecía sin moverse, echada para atrás sobre el respaldo del asiento y haciendo, con los labios, una mueca que podía traducirse como un signo de desprecio triunfante.

—*Mirá que ya estoy cansada de estas cosas*—continuó después—*y que el día menos pensado se va armar la grande!* Y se le fué encima, metiéndole las manos en los ojos como si quisiera arrancárselos.

El, sin contestarle, la tomó de un brazo y quiso hacerla sentar á viva fuerza. La mujer dió un tirón con impetu, y se desprendió de la garra.

—*¡Qué vivo! Hasé sentar alguna otra sarnosa, como esa,* dijo señalando á la otra mujer.

Tenia fama de mala y sabia perfectamente que con la rival aquella no tenía ni para empesar, como decía en su jerga pintoresca.

—*Y después has de ir pá que te dé de comer* agregó *porque yo te e muerto el hambre más de una vez....*

—*¡Tu madre, perra!*—contestó él, y, sin dejarla terminar, levantó la mano que cayó como un latigazo sobre la mejilla.

El escándalo se había producido. Uno de los concurrentes que, como otros muchos, observaba la escena desde su comienzo, se levantó de su silla y avanzando hacia el grupo: —*¡Ah flojo! sotreta! castigador de mujeres! yo te voy á enseñar!*—dijo, y llevando la

mano á la cintura, atropelló resuelto. Los demás se interpusieron.

—*Y á ese guapo de pico, ¡quién le dá velas en este entierro! yo quisiera saber! si ha de ser de pura boca no más, pero aguárdate un rato, que, después, á de haber pu vos también; no te aflijás!*—exclamó el hombre que se había parado esperando la acometida de aque! Quijote de taberna.

Y ella, que había acudido al lado de éste, para evitar el choque, se expresó así:

—*Y Vd. no se meta, por que en estas cosas nadie tiene que ver nada, ¡sabe!* dijo de mala cara—*de todas maneras si él me pega es porque puede hacerlo!*

El impetuoso empezó á arrepentirse de su acción:

—*Así son todas ustedes! Y á mi también, ¡quien me mete á comedido! bien hecho, por sonso!* Y volvió tranquilo, sereno, á tomar asiento frente al mostrador.



Después de un momento ella dijo de buen talante:

—*Juan, veni, vamos, ¿qué-rés? porque va á venir el chafe, y será pior.*

—*Es cierto*—dijo él—*bueno, veni, vamos; segui vos adelante.*

Y así desfilaron por en medio de la doble hilera de mesas—siendo blanco de las miradas de todos los asistentes,—él quebrando el cuerpo y sin mirar á nadie, y ella arrastrando la pollera stúcia, con aire de victoriosa á pesar de todo, pues se llevaba al querido, que había encontrado esa noche divirtiéndose con la otra.

Al cruzar la vereda, alguien que también salía del burdel en ese momento, pudo escuchar de sus labios:

—*Lo que es á esa, un día que esté muy borracha le voy á marcar la cara. ¡Ya sabés que tengo mala bebida!* Y haciendo un ademán rápido, se arremangó el vestido mostrando, en señal de amenaza, el pequeño cuchillo con cabo de hueso, que ocultaba atravesado en la liga.

JUAN PUEBLO.

EN EL CAMINO

Yo venía del puerto, caminando,—
Se piensa al caminar—
Yo venía de ver los grandes barcos
Que, firmes en los diques, tienen alg.
De la callada inmensidad del mar,
Y que, con su silencio, en su grandeza,
Dan vigor á las fuerzas
Cansadas de las almas vagabundas
Que van al puerto,
Que van al puerto en busca
De más ensueños para sus ensueños.
Y cantaba en un bar
Un marino extranjero
Un aire popular
De su pueblo lejano,
De su lejano pueblo.

Así se divertían
El y sus compañeros,
Que mudos le escuchaban
Con el oído atento
Pero yo sé que así también corrían
Ocultas lágrimas,
Por el pueblo lejano!
Como yo sé que siempre, en la alegría,
Hay un lejano pueblo:
Un sueño que lloramos
Y un sueño que soñamos.
.....
Y los tranwáys eléctricos pasaban
Con coros de viajeros
En sus asientos altos,
Y sus alegres cantos,

En la tarde sin sol, ya casi noche,
Sonaban con un eco de tristeza.
.....
¿Existe la alegría verdadera?
No flota en toda luz, en toda sombra,
En el agua, en el cielo y en la tierra,
Cubriendo lo pasado y lo futuro,
Y sobre todo cuerpo, en toda esencia,
En cada sensación, en cada idea,
Una mortal melancolía eterna,
Que nace del misterio de la vida
Que nace del misterio de la muerte,
Y de un lejano pueblo en que pensamos:
Un sueño que lloramos
Y un sueño que soñamos?..

JUAN JOS.

EL AMOR EN LA CALLE



—Adios mi novia...
 —¿Que dice!
 ¿Su novia yo? Callesé
 Farsante, ingrato, mal hombre
 Bandido...
 —Lo dice Vd.
 Todo eso porque la quiero,
 Lo está cantando: se vé...
 —¿Ay, que gracia!
 —Yo la vida
 Le he ofrecido.
 —Ya lo sé,
 Lo mismo que á la Camila
 Y á la Micaela, porqué
 Sin duda es como los gatos
 Con muchas vidas, con tres...
 —¿Estás jugando con fuego!
 —Mirá, si vos me querés
 De veras y no pa reírte
 Me hablás por la última vez
 Viniéndote con el resto
 Como hace un hombre de ley.
 Y ahora adiosito, me largo
 Pues tengo mucho que hacer...
 —¿Connmigo prenda! Lo digo
 Y lo sostengo ¿no véis
 Que me estoy muriendo é pena?
 —No: de ganas de comer!...

CARICATURAS POLÍTICAS

El partido

El hombre tiene ideas y pasiones, por eso abraza una causa, un principio, que es su partido. Pero el hombre tiene también intereses y ambiciones, que toma el partido de satisfacer, por eso tiende á un fin.

He ahí dos partidos: uno de principios, otro de fines. Como aquí todavía los hombres no luchan por ideas, no se conoce un partido de principios.

Así, pues, los partidos se forman con el fin de conseguir los puestos públicos.

¿Por qué se dividen, si todos tienden al mismo fin?
 ¡Ah! porque los puestos no alcanzan para tantos y entonces hay que conquistarlos por la lucha.

Esta lucha crea disputas y por consiguiente agrupa gente. Esta agrupación es un partido. El éxito viene á depender del número que cada uno reuna ó de la habilidad con que se hagan trampas.

Para atraer individuos á su bando los interesados se erigen en apóstoles y predicán con afán la bondad de su credo, como los vendedores de maliquita encomian la eficacia de su droga. Entre dos partidos hay intereses encontrados por aquello de ¿quién es tu enemigo?—el de tu oficio. De este antagonismo resultan calificativos injuriosos: se dividen en pillos y honrados, lo que no impide que, si conviene á sus fines, se pongan de acuerdo. ¡Ante todo los fines!

Un partido se funda á propósito de un coche que atropello á un sacristán.

Por lo menos algún atropello entra siempre en su embriología; algún malón dado al adversario que está en el gobierno.

Luego va operándose la evolución que le dá carácter, hasta que á su turno entra á funcionar en el escenario político.

Esta metáfora tiene su razón de ser, porque un partido tiene mucho de teatral.

Puede decirse que el país es la escena, el jefe el empresario, el pueblo el público, los sucesos las representaciones y los políticos los cómicos.

Entre estos se encuentran actores para todos los roles. Dentro de un partido hay una serie de personalidades: el jefe, los prohombres, los candidatos, los figurones, los empleados, los politiqueros, los partidarios, los cesantes, los buscavidas, que pueden ser asimilados á los diversos caracteres de todas las compañías conocidas, porque el partido, siendo más vasto, abarca todos los géneros, y además un mismo individuo político, á manera de un artista, suele desempeñar distintos papeles.

Así, por ejemplo, un candidato, como un acróbata, se sube al trapecio de la popularidad, da un salto mortal y si no se viene abajo en medio de la rechilla de los espectadores, va á caer en una banca del parlamento, donde se transforma en fanteche.

Por eso el partido más que todo es comediente, aunque á

veces se dedique al género lírico-dramático y aún á la tragedia.

La interpelación es una de las comedias en que más se distinguen los paladines.

Para las pantomimas tienen chanchos sabios y hombres chanchos que representan una piececilla titulada *La ley de la patada*.

Los partidos concluyen como las compañías, dispersándose los actores porque se contratan con otros empresarios.

El pueblo

Un partido necesita un pueblo, es la base de su especulación, y lo hace de su comparsa.

La comparsa es una columna humana. ¿Qué no va en ella?

Cuando pasa por delante de sus apóstoles ellos legritan con voz solemne. ¡Pueblo de Mayo!

Es un acto de la comedia política.

Y la comparsa pasa disfrazada de pueblo, ruidosa, albo rotadora. Allí va el infeliz cesante que implora un empleo y ha vendido su esperanza; el paniguado servil, político de afición, naturaleza de librea, campalilejo de sufragantes mercenarios, y los viciosos vagabundos, y los muchachos alegres, y música, y bombas, y cohetes y la policía abriendo el ojo.

La estatua

Finalmente, el político de alto vuelo se petrifica en una estatua, premio póstumo que le discernen imparcialmente sus adeptos.

Donde terminará la estatua es un secreto del porvenir. Si la figura no ha sido de primera magnitud se da su nombre á una calle.

Esta forma de celebridad póstuma tiene el inconveniente de que suele borrarla el Consejo Deliberante al poco tiempo.

Hay que reconocer, sin embargo, que el político en sus metamorfosis de ciudadano á estatua, pasando por una serie de transformaciones, suele purificar sus vicios redimiéndolos con virtudes cívicas.

Mientras la evolución de la vida fisiológica va desgastando el organismo en el transcurso del tiempo, la evolución de la vida sociológica suele ir agigantando la personalidad moral dentro de la vida pública, de manera que, al revés del vicio, que consume el cuerpo donde se arraiga, la pasión política dilata el alma que agita, y puede hacer de un egoísta ambicioso un altruista abnegado.

Sea que las sombras de la muerte conviden á ser virtuoso, ó que desarrollándose siempre el órgano de la ambición por su ejercicio constante, incite á figurar aún después de la vida, ello es que un partidista puede llegar á ser estatua. Para esa figura este disco:

Almó el poder, la vanidad, el ruido
 Por eso perpetúase su olvido.

OSVALDO SAAVEDRA.

El hombre y la naturaleza

HOMBRE—Te encuentro sumamente preocupada, madre Naturaleza. ¿Meditas, acaso, sobre el árduo problema de mejorar la condición humana?

NATURALEZA—Nó; estudio en estos momentos un punto difícilísimo, que no sé aún como resolverlo. Deseo dotar á las alas de las palomas de dos nuevas plumas, á fin de dar mayor agilidad á su vuelo. Veo que los gavilanes la atrapan demasiado facilmente.

HOMBRE—Perdona mi engaño: yo creía que el hombre, el rey de lo creado, por ser la criatura más perfecta merecería tus preferencias y que meditabas sobre su suerte.

NATURALEZA—Já ... já ... já ... me río de esas pretensiones. Hace un momento la hormiga me decía lo mismo.

HOMBRE—¿La hormiga?

NATURALEZA—Si. ¿Crees tú que la hormiga no tiene una idea muy elevada sobre sus perfecciones? Piensa como tú que es digna de mis preferencias, pero yo, como madre amorosa de todos los seres, no puedo tenerlas por ninguno. Todas mis criaturas son perfectas en su especie dentro de las condiciones y el fin para que han sido creadas; todas merecen por igual mi atención y mis cuidados, desde los seres microscópicos que pueblan el inmenso espacio y flotan en miríadas en mi vital atmósfera hasta el más grande de los seres que habitan en la tierra.

HOMBRE—Me dejas admirado, madre Naturaleza.

NATURALEZA—Esa admiración proviene de tu propia ignorancia y de un sentimiento ignato, inculcado por mí en cada una de las especies, necesario para su conservación y desarrollo. Créese tú, en tu soberbia ignorancia, como la hormiga, que yo estoy encargada de velar preferentemente por tu felicidad y de proveer con especialidad á tus necesidades.

HOMBRE—Cómo ¿la hormiga habla de un Dios?

NATURALEZA—Si, se ha creado uno á su imagen y semejanza, elevando los propios atributos al grado superlativo ó infinito.

HOMBRE—Sería ridículo un Dios-Hormiga.

NATURALEZA—Ni más ni menos que un Dios-Buey, que un Dios-Pulga ó un Dios-Hombre. La ridiculez esta en la idea no en la forma. Y apesar de eso la hormiga ha sido en esto más sabia que el hombre.

HOMBRE—¿Es posible?

NATURALEZA—Si, porque nunca se ha creado una divinidad que no sea á su semejanza. Tú, sin embargo, has tenido dioses de todas las especies y, después de recorrer la escala zoológica, has descendido al seno de la tierra para sacar de allí y adorarlo, á un Dios de metal.

HOMBRE—¿Un Dios de metal?

NATURALEZA—Como lo oyes—; Y eso sí que es verdaderamente ridículo! Recorre las más adelantadas naciones, visita las modernas sociedades y las más hermosas ciudades formadas por ti sobre la superficie de la tierra, verás que en todas partes se adora á ese Dios de metal, dios estúpido, inanimado, al que se le rinde el más grande de los cultos y el que tiene esclavizada á la humanidad.

HOMBRE—¿Qué Dios es ese, madre?

NATURALEZA—El Dios Oro. ¿No lo ves dominando el mundo? ¿No lo ves imponiendo su voluntad por todas partes? Ya no te es necesario para ser aplaudido, mimado, glorificado y respetado, el ser sabio, el ser genio, el ser poeta ó

el ser héroe: te basta tener oro. El malvado, el vicioso, el criminal y el ignorante, ocuparán un lugar preferente en las sociedades modernas si en cambio tienen oro. ¡El oro es una divinidad que purifica como las aguas del Jordán, ante la vista de los hombres!

HOMBRE—Pero el oro es la riqueza, madre—y por consiguiente el bienestar sobre la tierra, el medio para llenar todas las necesidades de la existencia y alcanzar todas las comodidades y satisfacciones de la vida.

NATURALEZA—Porque tú le has dado ese valor, pues el oro no lo tiene en sí. Vamos á ver ¿qué es la riqueza? La acumulación de los dones que yo te concedi para gozar de la vida en toda su plenitud. Perfectamente. Yo he dado al hombre, lo mismo que á los demás seres, todo lo que necesita para labrar su felicidad en la tierra. No tiene más que emplear el trabajo para alcanzarlo. ¿Qué algunos hombres sufren hambre y miseria? ¿Qué otros tienen de sobra y hasta lo superfluo? ¿Qué culpa tengo yo? Si no sabéis ser felices habiéndolos otorgado para ello todos los elementos necesarios, sufrid con paciencia el resultado de vuestros propios errores y de vuestra propia necesidad, y no me recrimineis injustamente. Ved la hormiga, ella es más feliz porque tiene más justicia distributiva. Todos trabajan para todos, auxiliándose mutuamente. Todo es de todos. ¡Han interpretado sabiamente la ley natural!; Han encontrado el medio, que vosotros no habéis encontrado aún, de no ser lobos entre sí!

Ahora véte, necesito mi tiempo para hacer nacer dos plumas nuevas en las alas de las palomas. ¡Me las están concluyendo los gavilanes!

HOMBRE—Pero antes, no me concedéis algunos dones, madre Naturaleza?

NATURALEZA—Nó; bastantes os tengo concedidos. Solo os daré estos consejos que completarian tu bienestar.

Imita á la hormiga en la parte económica, no adores dioses estúpidos y procura conciliar el orden con la libertad, librándote de la opresión de uno que es *tiranta* y de la opresión de muchos que es *demagogia*.

Y, hasta siempre.



MÉDICO NUEVO

CON su título flamante lo plantaron las autoridades universitarias en el medio de la gran capital, y le dijeron: «Allí están al alcance de tu mano y para lo que gustes, la vida de tus semejantes. Tenemos confianza en que nos harás honor».

Y porqué tenía más criterio que edad, José Pedro se encontró azonzado, se palpó dolorido, como si lo hubiesen largado por un tubo.

Ya era médico, ya su firma podía echar un velo ó hacer luz sobre la muerte. Pero la humanidad se le presentaba como una última y terrible mesa examinadora, cuyas bolillas eran negros enigmas.

Tenia miedo, y no era juguete.

El desconfió durante los pesados años de aula y de clínica, que se ignoraba mucho más de lo mucho que se enseñaba, y ahora, frente á la sociedad, que debía exigirle el auxilio de sus conocimientos científicos, se creyó peligroso... tenía miedo.

Se casó. Es el primer paso serio que dá todo *recibido*, en gran mayoría; hacen la fatigosa y larga conquista de un título para tirarlo á los piés de una mujer.

No se atrevió á plantar las chapas profesionales en la puerta, necesitaba antes conseguir ese cinismo médico que dá la práctica del contacto con el ser humano, que pide un alivio y ofrece una moneda en pago, lo que está muy lejos del escañamiento en cuerpos y osamentas de irresponsables ó desheredados. Y se fué al Ceibal, la estancia de sus padres, á una legua de Rodeos, floreciente pueblo que solo tenía un médico, don Nicanor, un viejo á la antigua, de los que curan con manuales y son boticarios á la vez.

Su llegada ya se supone, fué un notición que le acaró una barbaridad de consultas, la mayor parte por capricho de novedad. Ellas son en general muy sencillas: por lo que cuenta el paciente y supone el médico, nace la receta; si hubo error y hay gravedad, trata el doctor de encontrarse con una revelación que le ayude á acertar, ó se equivoca de nuevo para acertar en la siguiente: es como echar agua en un pozo cuyo fondo no se conoce; recién cuando se nota que el agua sube, se sabe cuando se va á llenar.

Pasó momentos amargos, José Pedro, á pesar de su gran voluntad y decidida abnegación. Conoció como nunca lo titubeante de su ciencia. Tuvo rabia unas ocasiones y aflicción otras.

Una vez lo llamaron para asistir á un niño de diez años, hijo de un estanciero que veraneaba en el pueblo. El muchacho se quejaba de agudas puntadas á un costado de la cara y en la cabeza... ¡bah!... neuralgia!... y recetó un calmante.

El muchacho pasó la noche en un grito y revolcándose. Muy de madrugada se llamó á José Pedro. Caramba!... para neuralgia es caso muy rebelde... Volvió á examinar, no cambió diagnóstico y recetó lo mismo.

Pasaron varios días, y como no lo llamaron más, José Pedro dió al paciente por aliviado. Pero se presentó un peón de la familia con orden de abonarle las visitas y él le preguntó:

—¿Se mejoró el niño?

—Sí, señor. La última vez que usted estuvo, yo fui á buscar los remedios, y en cuantito bolbí el muchacho nó tenía nada.

—¿Carai!...

—¿Y qué había pasado?... Que ña Rudecinda la curandera, cayó á la nobedá de que había enfermos, y apenitas bido al muchacho le hizo abrir la boca, curiosió un ratito y dijo después que había que llamar á ño Nicanor, pa sacarle al niño una muela un poquito picada, que era la única causante del baruyo. Bino ño Nicanor, tenasíó

lindo y dejó tranquilo al muchacho y á la familia.

José Pedro se quedó sin resuello. Miró con angustia los pesos que sobre el escritorio le había dejado el peón... Si tiene la cartulina de su título á mano, la hace flecos!

Buscar grandes causas á todos los efectos es la debilidad de los médicos nuevos; muy pocas veces caen en que una insignificancia es la paridora de grandes conmociones; no han abierto aun los textos de la experiencia, para aprender sus reglas fijas ó indicaciones terminantes y abrumadoras.

Otra vez lo llamó el pulpero, un extranjero muy bruto y muy plático; su mujer estaba de parto, y según las *ayudadoras* del pueblo, se presentaba muy mal. Así también lo notó José Pedro, y le anunció al pulpero que quizá sería necesario operar.

—Haga lo que quiera—contestó éste en el acto y sin la más mínima emoción.

Llegó el día y José Pedro ayudado por un par de practicantes que hizo venir de la capital, efectuó la operación casi temblando, trabajo que ciento de veces había hecho en los hospitales en calma y con buen éxito, pero... sin el peso del título y de las responsabilidades morales.

Cortó más y peor que nunca; sin embargo concluyó al parecer con buen resultado. Ese día no hubo más novedad, pero desde el siguiente empezó para José Pedro una «via crucis» que fué á parar en la muerte de la enferma, por hemorragia interna... Una falsa ligadura; estaba segura... Una horrible chamonada!

Cierta tarde, iba hácia la estancia de vuelta de su diario paseo á caballo, y vió que venía detrás un ginete, ni más ni menos que el pulpero viudo. José Pedro recordó aquel su secreto profesional, y se puso intranquilo.

—Buen día, doctor:—le gritó el pulpero, á lo muy camarada.

—¿Cómo le va, amigo?

—Algo más consolado... casi contento.

—Era un caso fatal...

Casi siempre los errores se delatan en una disculpa intempestiva pero no era el extranjero hombre para penetrarlo.

—Usted lo dirá así... Don Nicanor me ha asegurado que usted difuntó á mi mujer, porque el mal era tan sencillo, que no sé con qué baños y pildoras él la hubiera sanado.

José Pedro ensayó una mirada dura que vino á ser recelosa.

—Pero yo—continuó el extranjero—estaba empenado en que usted la 'sistiera... médico nuevo... ya se sabe...—y una estúpida sonrisa se le encareta en la facha.

—¿Qué... que se sabe?—replicó José con acento enérgico.

—Bea, doctor; de todas maneras tenía que morir algún día... era insufrible!... Dios me perdone y la tenga en gloria! Y siguió su camino.

José Pedro no pudo evitar que su gran corazón rodara por la cuesta abajo de las peores decepciones... ¿También hacia servicios con torpezas la ciencia de que era obrero?... Es decir que, del error fatal, del casi crimen, se puede recoger también un agradecimiento? Con ruido de cartulina que se desenrolla, evocó su imaginación el flamante título, y tuvo vergüenza de sí mismo. Su mirada seguía la silueta del pulpero, que ya lejos y visto de atrás sobre su caballo, daba la ilusión de un monstruo mitológico: mitad hombre, mitad bruto. Y del pueblo le parecía que llegaban voces burlonas muy perdidas, que se creteaban en sus oídos dos únicas palabras: médico nuevo!... médico nuevo!...

VICENTE ROSSI.



Eres el fresco capullo
Del jardín de los poetas;
Hermana de las violetas
Y de los lirios orgullo;
Brotó á tu paso el arrullo,
Florecen las ilusiones,
Y en las dulces vibraciones
De las cuerdas temblorosas,
Como blancas mariposas
Vuelan á ti mis canciones.

Eres la reina que impera
Desde el trono del amor,
Por eso á tu alrededor
Sonríe la primavera;
En tu larga cabellera
Juega la brisa lasciva,
Y teje mi alma, cautiva
En tus encantos diversos,
Una corona de versos
Para tu sien pensativa.



Maravillosa princesa
De un castillo sideral,
Es tu boca virginal
El nido de una promesa,
Y cuando tu acento expresa
Tus ambiciones sencillas,
Cuando mis trovas humillas,
Yo creo que es un querube
Que canta desde una nube,
Y te escucho de rodillas!

Y tú inspiras los cantares,
Y tú eclipsas las estrellas;
Son para alfombrar tus huellas
Las flores de los altares;
Que en la espuma de los mares
Hay en tu alma más blancura,
Hay en tu voz más dulzura
Que en la plegaria y el ruego,
Hay en tus ojos más fuego
Que en los astros de la altura.

CARLOS ORTÍZ.

EN GUARDIA!

Para Alberto Ghirardo

¡Al viento la bandera! ya es hora! Ya pasaron
los tiempos de las liras que, orgullo de jardines,
decían de cadencias del arte. Ya broncearon
sus roncas voz de alerta los clarines.

La voz de los clarines es voz de redenciones:
para aclarar acaso del porvenir la vía
los nuevos trovadores encienden sus hachones
en la gloria de luz del medio día.

Y esa bandera lacre, que por los párias riñe,
y esos ritmos airados, de bronce que redobla,
que sean como el lacre—¡que quema y no destiñe!
que sean como el bronce—¡que suena y no se dobla!

Y van por los caminos del arte, donde hay flores
de rebelión y vida, de amor y de venganza,
y van cumpliendo bella misión de precursores
al viento la bandera de bien y de esperanza.

Yo llego entre esos bardos que ennobleció la pena.
Despliego el pendón rojo de mi plebeya ira,
y estallan resonantes sobre la hirviente arena
los himnos libertarios de mi lira.

ANGEL E. BLANCO.

—¿Qué hace usted por aquí, doctor?

—Ya lo vé, don Manuel.

—Hacia dos días que teníamos el gusto de no verlo.

—Gusto que se prolongará, señor Paloche, porque pienso hacer un largo viaje.

Clarisa se estremeció....

—Según parece, doctor, á usted no le agrada su profesión, dijo Paloche, que se alegraba de la noticia y dispuesto ya á ser inenos violento.

—Ni me agrada ni creo en ella, contestó Enrique recio y frío.

—Le habrá dado á usted muchos malos ratos.

—¡Bih! la observacion me ha enseñado á no tener sensaciones intelectuales.

—¿Ni entusiasmos por la misión sublime del médico? interrumpió Paloche.

—¿Misión sublime? ¡Qué disparate! Como se conoce, que usted vive siempre en sus megalomanías. La medicina es una religión, que no tiene apóstoles y un culto sin sacerdotes.

—¿Cómo así? dijo Paloche poniéndose serio....

—A no ser que usted crea tales á los mercaderes del templo y congeture, que son martirio las apostasías ridículas de los que huyen los furores del contagio, como turba de conejos, asaltada por una jauría de perros.

—¿Y los que quedan? ¿Y los que arrostran la epidemia y rinden la vida noble y generosa?

—¡Oh, diablos! replicó en seguida Valverde; esos han tenido la desgracia de no huir á tiempo.... á estar á lo que se dice de ellos, en los conciliábulos, donde se difaman las mejores reputaciones y se enlodan los caracteres más caballerescos cuando no agregan, que esos pseudo-heroísmos son hijos de la vanidad de renombre.

—¡Qué infamia! exclamó don Manuel, que empezaba á cansarse de tanta blasfemia y no podía tolerar que se mancharan así sus ídolos. ¡Qué infamia! Es necesario, señor, pensar entonces, que aún entre las personas ilustradas hay mucha maldad....

—Sin duda, porque nacen malos y agigantan con el saber y la elocuencia la perversa pasión. Y se complacen en la mentira vulgar, llenando de muertos y de domicilios falsos las listas de enfermos, que ostentan á cada rato; y llamados á consulta, dejan caer el veneno de

la desconfianza en el seno de la familia atribulada y algunos son capaces de meterse en las casas á hurtadillas, á concluir la obra de la difamación maligna.

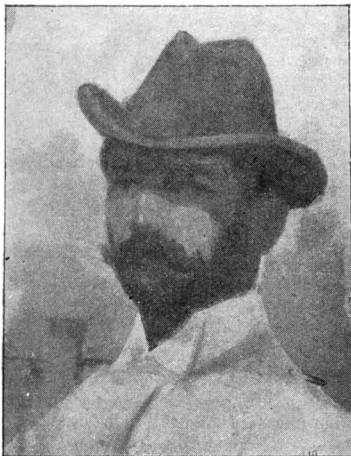
—Sabe usted, señor, le dijo Paloche, irritado, que no estaría usted mal en el capítulo de los perversos?

—No niego, contestó friamente Enrique Porque al fin, en vez de ser los enfermos pobres desventurados, como suele usted decir, son cosas, señor Paloche y cuando mucho problemas, que sirven para establecer la superioridad de un médico sobre otro.... Allí estan los grandes salones de los hospitales, donde se pierde el apellido y donde se sienten todas las mudas desesperaciones del dolor, que no encuentra cariños. Allí tiritan en invierno casi sin cobijas los miembros desfallecidos y enfermos, temblando en los escalofrios húmedos.... En la noche yerta imploran á veces la misericordia de un vaso de agua, tímidos y delirantes de fiebre, mientras pasa soñoliento y rezongón el sirviente y se acerca la hermana pálida y diáfana la cara del reflejo de la toca rígida y blanquísimas, para hablarles con el crucifijo de bronce ennegrecido, de las glorias de la vida eterna.... á ellos, que anhelan el sol y la sangre roja, que les caliente las entrañas y desean los besos y el amor de los hijos y piensan en la vieja madre que morirá en el sucucho del conventillo de dolor y de miseria.... y siguen siendo problemas y sobre sus rostros mismos, se agitan las discusiones de los médicos y se irrita el amor propio de cada uno.

—¡Calumnias! señor, gritó Paloche pálido de terror ...

Hasta que una mañana, siguió Valverde con su tono glacial, amanecen estirados sobre la mesa de mármol del anfiteatro, en la rígida tensión del cadáver con los párpados entreabiertos y el ojo opaco y frío, mientras la gruesa tijera de disección les divide las costillas, que crujen, y el cuchillo corta el abdómen inmundado y la sierra raspa, roe y raja la calavera, que se mueve de aquí para allá con imponentes y horriblos vaivenes, mientras pueblan el ambiente las risotadas juveniles que tienen la saña del sarcasmo y la voluptuosidad brutal de la carnicería....

EXPOSICIÓN ARANGO



Cabeza al Sol

Un hombre joven, con aspiraciones y fuer- te voluntad. Entusiasta y respetuoso por su arte; sin grandes atrevimientos todavía pero con simpatías manifiestas hacia los caminos menos trillados por los cuales gústale pasearse haciéndolo con bravas bizarrías.

Tal es, en síntesis, este nuevo artista—y permítáenos la vulgaridad: decimos nuevo porque lo es para el público grande,—que se presenta á la crítica—y á la murmuración, podríamos agregar, por cuanto ésta abunda hoy en forma desesperante y como un síntoma alarmante de los tiempos,—sin falsas modestias, indignas por otra parte de los que tienen conciencia de su obra, aunque, eso sí, con toda la justa arrogancia de los que sienten y aspiran.

En nuestro ambiente, Arango, como otros muchos hombres de arte, ha tenido para exteriorizarse, que mirar frente á frente á la pobreza, hacerle cara hosca, morderse un labio y seguir, esperando siempre el triunfo que, más ó menos tarde, arriba para todos los fuertes, teniendo en cuenta que puede caerse en la demanda al ir á abrazar la gloria, y que también son triunfadores los que, sin abdicar, sucumben.

No queremos hacer crítica de las obras que Arango expone en el salón Witcomb.

Si diremos que, á nuestro entender, hay entre ellas algunas que constituyen notas dignas de atraer por lo menos la atención de cuantos piensan en nuestro mejoramiento artístico. Destacaremos del conjunto *Poesía, Un Crepúsculo y Cabeza al Sol*.

En cuanto á la *Agencia de Colocaciones* que, junto con la última mencionada, reproducimos en esta página, representa para nosotros el principio de una tendencia á hacer arte social, que no titubamos en ser los primeros en estimular en Arango, convencidos de que, antes que todo, el artista es hombre, y, como tal, combatiente.



Agencia de Colocaciones

CUADROS

PERDIDO de noche en el campo! Yo tuve la culpa, porque me puse á manejar. ¡Que hacemos ahora con responsabilidades!

Si hubiese luna ó estrellas,—¡pero el cielo está oscuro, nublado, denso! ¿Qué hacer! Me bajo,—avanzo; pero por las cuchillas, no diviso una luz. Aunque fuese llanura, no vería nada tampoco, porque es tarde. El viento, que nos podría guiar, ha cambiado, y apenas hay aire. Va á llover, y estamos desorientados.

Y son campos desconocidos, próximos á Caseros. Los pastos podrían indicarnos donde estamos, però es terreno sembrado; si hubiese árboles, la corteza apareceria humedecida del lado del Sur, y no hay uno sólo. Me acordé de aquel célebre vaqueano de la revolución Oriental, que probando «¡pasto anunciaba á su jefe el punto en que acampaba pero Pedro no tenía experiencia para tanto. Quedar allí parados, esperando el día, estando á punto de llover, era imposible, ridículo. "Vamos por aquí",—decíame Pedro,—y como no me daba ninguna razón, temía que nos llevásemos por delante algún alambrado ó cayésemos en alguna zanja ó pozo. Sería el viaje de la mosca en un sótano, y teníamos el caballo bastante cansado.

—¡Por aquí!—decíame Pedro.

—¿En qué te fundas?

Miraba; nunca esforcé tanto la vista; investigaba las tinieblas; hasta que, al fin, cansado, le doy á Pedro las riendas del gobierno,—para que me llevase donde quisiera.

No había que contar con el caballo, porque no era del pago. Rumbé. Púsemme, contra mi costumbre, á fumar, como el naufrago que llama por luces en la noche á embarcaciones que solo pasan por su cerebro. Una sola cosa me alentaba: que iba derecho,—lo que me demostraba que tenía alguna idea preconcebida, aunque fuese caprichosa. "Esperemos,—decía entre mí. No había transcurrido una hora, cuando me dice:

—Estamos en el camino.

Me bajo, toco, tierra.

"¡Tiene razón!—exclamé dentro de mí. A la media hora, me dice:

¿Ve esa luz? Es la estación Caseros.

En efecto.

—¿Cómo sabías?

Nunca supo decirme, cómo ni porqué tal cual deseamos, los modernos, que á pesar de los humos liberales, no dejamos de ser escolásticos; queremos, como si todo perteneciese á ciencias exactas, que se nos pruebe con la evidencia, cortando todavía las alas á nuestra limitada razón. No lo sabía, pero yo sí: ¡el instinto!—esa fe que le hacía decir: "por acá,—y, ciego, habría enderezado. Parece que las cosas tuviesen olor, y el gaucho, en el campo, tómaselo de lejos, y lo atraen, contribuyendo á estas revelaciones, que asombran y constituyen el genio del desierto.

UN SEÑOR GENERAL!

IMBÉCIL! ¿por qué no me has lustrado las botas todavía?
Y el pobre asistente tras del empellón, recibió un feroz puntapié en las nalgas. Al poco rato, firitando, trajo las botas bien lustradas, se cuadró y esperó nuevas órdenes.

A los tres años el soldado era sargento. _____

—Sargento!

—Ordene, mi Comandante.

—Lleve este soldado a la cuadra y hágale pegar cincuenta palos.

El sargento le arrancó la chaqueta a su antiguo compañero, le ató las manos hacia adelante y presentó la ancha y carnuda espalda a los verdugos que esperaban la señal...

—Comandante, el hombre se ha desmayao...

—¿Cuántos planazos le han sacudido?

—Como veinte, señor.

—Déle un poco de aguardiente, y, cuanto vuelva, cumpla la orden.

El Comandante siguió jugando a las barajas. En el sitio del castigo quedaron pedazos de carne.

Al año era alférez. _____

—Vea, subteniente ¿se anima?

—Yo estoy siempre animao, mi capitán.

—Vd. atropella a la vieja y le mete papel en la boca pa que no grite. A mi me deja en el otro cuarto con la muchacha...

—Oh! Lo que soy yo, decía el teniente el día después de una disputa acalorada con otro teniente, no sé olvidar ninguna ofensa. Mi honor de militar no me lo permitiría...

Sabe Dios que clase de delaciones llevaría al superior.

A los tres meses su enemigo salía del cuartel, acosado, humillado, como un perro del campo, perseguido por otros perros. _____

El soldado raso quedó en el recuerdo. No conserva de él trazas este bizarro capitán que está en el ático de punta en blanco.

¿Qué conversa?

Va pasando la humilde gente a misa. Por allá se aleja la Margarita de este miserable que al verla codcea a su acompañante y le dice retorciéndose como compadre de ralea:

—Aquella mercadería va averiada...

—Ahí está el Mayor echado en el catre.

—¿Por qué no lo despertás?

—Porque tuita la noche se la ha pasao en vela jugando al monte.

No tiene mando de cuerpo este señor comandante, pero goza de más alta granjería: es edecan del Presidente!

Ahí va detrás, como un lacayo. Pero más tarde, al anochecer, desempeñará comisiones más viles que las de siervo... _____

De los fortines vino rico el señor Coronel. La vieja historia de poner un almacencito cerca del Campamento lo hizo dueño del sueldo de todo el Regimiento. Fué estanciero y agricultor y hasta minero. Ah! sus campañas contra los indios! No los podía ver por ladrones!!

¿Que será de la primera U?



Ofrecemos un cronómetro de oro, un elefante de plata y un cuerno de la luna al que nos envíe la solución de este geroglífico.

—¿Quién es aquel?

—Un ministro de la Corte.

—¿Y el que va con él?

—El general Pundonores, uno de nuestros más bizarros Jefes. Tiene el mérito, entre otros de haber empezado su carrera desde soldado.

¿Cuánto le debe la Republica!

DAVID.

MARTIN FIERRO

SEMANARIO ILUSTRADO DE CRÍTICA Y ARTE

Redacción y Administración: Lima 487 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRICIÓN ADELANTADA

EN LA CAPITAL:	}	EN EL INTERIOR:
Trimestre..... \$ 1.20		Trimestre..... \$ 1.80
Año..... " 4.80		Semestre..... " 3.50
Exterior: \$ 4.— oro al año		Año..... " 6.—

Número suelto: 10 centavos -- Provincias: 15

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

BIER-CONVENT

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

— DE —

LUZIO Hnos. Y MONTI

RESTAURANT

y CERVECERIA

SALONES ESPECIALES PARA

FAMILIAS Y BANQUETES

Rocca y Martinelli
MOBILIARIO y TAPICERÍA

Reproducción de muebles y decoración de estilo

GRAN SURTIDO PERMANENTE
DE MUEBLES DE TODAS CLASES

Corrientes, 990 Buenos Aires

Ghiraldo & Cia.

EXPORTADORES DE HARINAS
Y CONSIGNATARIOS DE FRUTOS DEL PAÍS

Calle SAN MARTIN, 253

BUENOS AIRES

U. Telefónica 1777, Central Telegramas MONTECOR

A. CABEZAS

UNIÓN 2112, (Avenida)

COOPERATIVA, 717

Calle CUYO, 546

entre FLORIDA y S. MARTIN

BUENOS AIRES

La casa más importante de Sud-América en Ropa Hecha y Sobre Medida

CALZADO Y SOMBREROS PARA HOMBRES, JÓVENES, NIÑOS, SEÑORAS Y NIÑAS

Sección inauguradas las Secciones de
CAMISERÍA-BONETERÍA-CORBATAS

LA QUE CONFECCIONA MEJOR Y VENDE
MÁS BARATO EN TODO EL MUNDO

CATÁLOGO GRATIS

LIBROS

Se halla en venta en todas las librerías y kioscos la segunda edición de **EL CREPÚSCULO DE LOS GAUCHOS** (estado actual de la República Argentina), al precio de **0.60 ets.**, por **FÉLIX B. BASTERRA**.

EL ESPIRITU AMERICANO, (periódico de inviolación) a **0.20 centavos**.

Los pedidos por mayor pueden hacerse a la agencia de **MARTIN FIERRO** en Montevideo, calle Cerrito, 11.

FOTOGRAFIA

REFFO

Defensa 861 - Buenos Aires



ARMONIUM-SKALA

Cualquier persona puede tocarlo

Conozca ó no la música

\$ 90 CON PIEZAS
É INSTRUCCIONES

GUITARRAS - MANDOLINES - CÍTARAS

Se reciben suscripciones a los periódicos quincenales "IL MANDOLINISTA" é "IL PIANO FORTE, de Turin.

PESOS 2.50 POR AÑO

Casa TONINI FLORIDA 470



Bazar de la Favorita

Exposición permanente de menajes para instalaciones de casas y casamientos. Por 60 pesos se remite un menaje compuesto de un juego de mesa, loza inglesa decorada, un juego de cubiertos metal blanco, un juego de copas grabado, un juego de lavatorio, una lámpara comedor, una batería de cocina enlozada, total: 171 piezas por solo 60 pesos lo que vale 160.—Menajes grandes de 285 piezas por 100 pesos.—Menajes de lujo, de 344 piezas, por 195 pesos.—Casa especial en artículos de fantasía para regalos con estuche y sin estuche.—Precio fijo sin competencia.—Juegos de mesa, loza inglesa, decorada, desde 18.50.

FRANCISCO LIEZ

675 - PERÚ - 677
18

TALLER DE FOTOGRAFADO

— DE —

JORGE WEISS

Clichés para obras, avisos, catálogos, revistas, marcas, etc. Grabados en zinc y cobre.—Fotolitografía.—Cromoautotipia.

S. del Estero 264 -- Buenos Aires

U. Telefónica 246, (Libertad)

19

CLISÉS EN VENTA

En la administración de MARTIN FIERRO, (Lima 487), pueden adquirirse, á precios convencionales, los clisés de todos los dibujos y fotografías publicados en esta revista.

AGENCIA

— DE —

“MARTIN FIERRO”

EN EL ROSARIO

1288-CALLE CORDOBA-1288

LIBRERIA DE EMILIO SOTELO

Especialidad en libros sociólogos y científicos

EDICIÓN COMPLETA DE SEMPERE

Surtido general en artículos de librería y papelería

SUBSCRIPCIONES Y AVISOS

★ CIGARRILLOS ★

FEDERACIÓN

SON LOS MEJORES

Á 10 CENTAVOS